



ARBITRISMO
SEXUAL

FERMÍN MELÉNDEZ

KAUS
EDITORIAL

ABISMO
SEXUAL

FERMÍN MELÉNDEZ



Abismo Sexual.

Primera edición: 2020

ISBN: 9781654351113

© del texto:

Fermín Meléndez

© de esta edición:

KAUS, 2019

kauseditorial@gmail.com

Edición de portada: Depositphotos/Fanny Darko.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a kauseditorial@gmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedico este libro al hombre, a quién invito con ésta lectura a reflexionar, a tener la mente abierta y la bragueta cerrada.

No caigas en la “fiebre loca” de una primavera pasajera, ya que con ello podrías acelerar la llegada del invierno a tu vida.

CAPÍTULO I

EL ABUSADOR INFIEL

“En ninguna cosa la infidelidad es más innoble y repugnante que en el amor”. —Sören Kierkegaard.

La mirada penetrante de José Canelas, se posó en el cuerpo de Perla, una obesa mujer de veintidós años. Su piel blanca, hacía que a José se le despertara la lascivia. Ya quería besar ese vientre abultado, se imaginaba morder las rechonchas piernas, parecía que lo enervaba ese calzón remarcado. Se imaginaba acariciando sus pronunciadas nalgas, recorriendo su cuerpo con la boca, mordiendo, chupando, lamiendo.

Pero se contuvo, solo se limitó a frotarse las manos y luego a acicalarse el bigote.

Había sostenido amores con un par de mujeres maduras, pero no había tenido de amante a una joven, aparte era casado y, aunque no lo pareciera, quería ser fiel y es allí donde en su interior se libraba esa lucha entre el bien y el mal. Al final como siempre sucedía, triunfaba el mal y terminaba por caer en la red de seducción, que él mismo, involuntariamente, tejía.

José Canelas trabajaba realzando bosquejos y viñetas para el periódico El Astro, ese día había llegado en taxi, puesto que su auto se había averiado. Razón por la que éste le solicitó a Perla García que le diera un aventón a su casa.

Ambos trabajaban en la misma empresa, poco o nada se conocían, apenas si habían intercambiado un par de palabras, siendo en esa ocasión que Perla presumía ante sus compañeros que tenía novio, mostrando en la pantalla de la computadora una fotografía en donde ella estaba con un joven, solo que Canelas observó, que en la foto, ella se le pegaba al supuesto novio, y este como que se retiraba de ella, por lo que intuyó que la chica obesa, la gordita del grupo, estaba deseosa de cariño.

Como no estaba otra persona más que le diera “rait” a José, la chica accedió y de buena manera. Ya pasada la medianoche, ambos subieron a la camioneta mini van, enfilaron hacía la vivienda de Canelas. Platicaron de asuntos superfluos. Debido a que José estaba casado (dato que conocía Perla), este le pidió que detuviera la marcha del vehículo a un par de cuadras de su casa. Luego de estacionar la unidad motriz, siguieron platicando y antes de bajar Canelas le dio un beso a Perla, quien en lugar de rechazarlo, lo recibió con gusto. Tal vez ella sí estaba deseosa de ser besada, amada y porque no, penetrada, a sus años ya lo ameritaba.

—¡Oye! ¿Por qué me besas? —le reclamó la joven con enojo fingido, tratando de mostrar una actitud de sorpresa.

—Es que me atraes mucho. Me fascinaste desde el —momento que te conocí.

—¡Eso le habrás de decir a todas!

—Tal vez sí, pero contigo es diferente, contigo es real. ¡Me encantas Perla!

—Y tú que dijiste, ya cayó ésta tonta.

—Si tú te caes, yo te levanto, pero antes te lleno tu cuerpo a besos.

El bajó de la camioneta y se retiró no sin antes decirle a Perla que la llamaría al día siguiente, ella le pidió que no fuera a olvidarlo.

Al día siguiente, ya por la tarde, se volvieron a ver en el periódico El Astro, de allí se fueron a dar la vuelta en la camioneta de ella. A eso de las siete de la tarde, platicando dentro de la unidad motriz que estaba estacionada en una calle solitaria, José le dijo a Perla:

—Oye deberíamos de ir a un hotel

—Claro que no, ¿qué te pasa? —dijo ella, mientras regalaba una sonrisa que no concordaba con sus palabras. —Estaríamos más a gusto y con aire acondicionado.

Perla accedió, arrancó el vehículo y enfiló a un hotel de paso. Al llegar Canelas pagó el cuarto y entraron. Se portó muy amable con Perla a quien pidió relaciones

Perla puso cara de niña mimada, inocente, dijo que nunca lo había hecho, que sería la primera vez, para luego entrar al baño a quitarse la ropa. Salió del sanitario, enredada en una toalla y se

recostó en la cama y se tapó con la sábana. José ya estaba desnudo. Ella dijo que le daba pena esa situación. José, solo se limitaba a acariciarla con la mirada, de vez en cuando pasaba su mano por la pierna, fingiendo ser un caballero.

—Si no estás a gusto, si no te sientes bien, pues nos vamos.

—Pero... ¿tú te vas a enojar?

—Lo haremos cuando tú te sientas bien.

Ambos se vistieron y salieron del hotel. Ese juego, el de ella, haciéndose pasar por una chica, inocente, pudorosa y virginal y él haciéndose pasar por un caballero y tierno en el amor les duró sólo tres días, ya que en la tercera ocasión que acudieron al mismo hotel, ella accedió.

Dice el dicho que el que persevera alcanza, y él esperó pacientemente a que ella cayera sola en la red. Recostada en aquella cama, que ha atestiguado infinidad de encuentros amorosos prohibidos, abrió las piernas para permitir que el miembro viril de Canelas entrara en su cavidad vaginal una y otra vez. José tenía el trofeo en sus manos, él tenía treinta y cinco y ella veintidós, a comparación de su esposa, Perla era un postre.

Había un detalle, José no vio su pene manchado con esa sangre virginal. El no escuchó que ella se quejara por ese dolor al ser penetrada por primera vez. No hicieron el amor, no había nada romántico en su juego carnal, lo que hicieron fue el sexo, puro y duro. Una, dos, tres veces. Ambos salieron satisfechos, José, como los pistoleros del viejo oeste, puso una mueca más a su miembro viril, ella, según había perdido su virginidad con un hombre con experiencia que le gustaba mucho.

Así transcurrieron los días entre encuentros fortuitos, pero algo que le dejó marcado a Canelas, es que Perla, no le exigía nada y se entregaba al cien, ella comenzó a invitarlo a restaurantes, donde pagaba la cuenta, eso sí, tenía un poco de dignidad, las cervezas y el hotel, ella nunca pagaba. Perla estaba creando un monstruo, ya que Canelas, así no se conducía.

En una de esas salidas de contrabando de amantes, Perla invitó a su amiga Martha a dar la vuelta con ellos. Como costumbre paseaban en la camioneta de Perla, para que Canelas no gastara

en la gasolina, así anduvieron por varias partes de la ciudad, Perla, Canelas y Martha quien iba en el asiento trasero. José compró un seis de cerveza y como Perla no ingería, invitó a Martha a beber, a lo que ella aceptó gustosa. Llegaron a un área despoblada y estuvieron platicando. De vez en cuando Canelas abrazaba a Perla y le daba un beso. Tal vez ella había invitado a Martha, para que viera como su novio la trataba con ternura y a la vez con deseo insano, lo que no sabía, es que ya había creado a un mostro en Canelas, quien aprovechaba al abrazar a Perla, tocar los senos de Martha, quien no decía nada.

A Martha le faltaba gracia y belleza, pero le sobraban ganas de ser amada. De pronto, y cuando Canelas tenía la mano hacia atrás acariciando la pierna a Martha, Perla se dio cuenta y le dijo con voz firme y un tanto molesta.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Nada!

—Pues yo miré otra cosa —refunfuñó ella. Quizá por el amor o tal vez por la baja autoestima de Perla, pero los tres siguieron como si nada hubiera pasado. Todavía anduvieron un rato paseando, aunque solo Canelas y Martha bebiendo cerveza.

Ya entrada la madrugada, Perla se fue a su casa y pidió a Canelas que siguiera en su auto a Martha, quien traía un viejo carro de su papá, esto para que no le fuera a pasar nada en el camino. Pedir eso a Canelas, es como pedirle al Coyote cuidar las ovejas.

Canelas hizo lo que se le encargó. Martha, un par de cuadras antes de llegar a su casa, le pidió que detuviera la marcha del auto, se acercó y le dio un beso, beso que fue correspondido.

Canelas y Martha no volvieron a verse. Eso porque él intuyó que su nueva conquista no tenía dinero para sacarle. Perla y Canelas siguieron con ese romance de contrabando, a hurtadillas, bueno eso de hurtadillas es un decir, ya que los compañeros de ambos sabían de esa fogosa pasión entre ellos, solo la esposa de José Canelas, desconocía era mala pasión.

La esposa de Canelas, no se daba por enterada de esos amoríos, ya que José trataba de ser un padre ejemplar con sus hijos. Es allí donde el bien y el mal, luchaban dentro de Canelas,

esa lucha interna la vivía a diario y a diario sucumbía a esa mala pasión. Pero Canelas puso una regla con Perla, no molestarlo con llamadas telefónicas, algo que a ella no molestó, al contrario accedió.

Perla no parecía tener baja autoestima, al contrario, tenía mucha actitud. Pero no presentó como su novio a Canelas, cuando lo llevó a su casa, solo dijo que era uno de sus compañeros. Perla llevó a José también con otras amigas, un de ellas Leticia Zamarrón, una solterona de 35 años, que trabajaba en un puesto del tianguis y cuando llegaba la Expo Fiesta, laboraba en las taquillas. En toda esa telaraña de mentiras entre Perla y José, había una sola verdad: el sexo. Hicieron el sexo como loco. A Perla le encantaba el José tierno en el momento de comenzar a acariciarla, pero luego a él le cambiaba el rostro, el semblante no era el mismo, parecía ser otro, o que algo se poseía de José, y le hacía el sexo a Perla en casi todas las posiciones que marca el *Kamasutra*. Perla estaba extasiada, tal vez en su corta vida, haya tenido encuentros muy cortos o solo uno de ellos, pero con José, tenía la mesa servida a la hora que ella quería y dispusiera. No le importaba a ella ser la otra, la amante, el plato de segunda mesa, la mujer de la oscuridad, de las sombras, eso se le olvidaba al verse dentro del cuarto de un hotel, cuando él la penetraba, subiéndose sobre ella o la empinaba y cuando le succionaba el clítoris, si Perla hubiese tenido el manual de las Mujeres Feministas, tal vez en esos momento, ella le hubiera prendido fuego, pues accedía en esos momentos a ser la esclava de un hombre, del macho alfa, del que posee, al fin y al cabo, lo aceptaba, pero no lo decía, era para José un simple objeto sexual, un juguete erótico.

Pasaron días y meses. Parecía que esa relación enfermiza no terminaría. Ella invitaba el desayuno, la comida y la cena, José se sentía a gusto, pues tenía eso y a una joven a su disposición, ya no tendría que acudir a un prostíbulo a pagar por una sexoservidora. Pero llegó ese día, Perla, en su mundo, en su mente, creyó tal vez que José ya era de su propiedad, para eso le faltaba mucho a ella. Habló con José y le dijo:

—Mañana vamos ir a cenar con mis amigos.

—No, no puedo. Ya tengo un compromiso familiar.

Claro que eso molesto a Perla, quien salió de aquella oficina, subió a su vehículo y se retiró, muy, muy enojada. Canelas, como si nada hubiera pasado, acudió a su compromiso familiar. No tuvo remordimiento, él no sentía nada por Perla, se trataba solo de una aventura, una aventura muy deliciosa.

No volvieron a verse por espacio de una semana, pasado ese tiempo se encontraron y él invitó a ella al hotel, hicieron el sexo como locos, no el amor. Ya cansados y recostados en la cama, José dijo a Perla:

—Sé que andas con otro, te vi y me dijeron.

—Es verdad, es mi novio.

Canelas la vio a los ojos y le dijo: —¡Déjalo!

Rápido ella le respondió:

—Deja a tu esposa y yo lo dejo a él.

Siguió un silencio, se limitaron a vestirse y salieron del hotel, ya no volvieron a cruzar palabra, aunque trabajaban juntos.

CAPÍTULO II

LA ABNEGADA CLARITA

Clarita, esposa de Canelas, era una mujer menudita, de cabello largo color negro. No era la devoradora de hombres, pero José sabía en dónde encontrar su punto G, ya que en los momentos de intimidad, era él quien comenzaba el encuentro amoroso, y ella, sumisa y complaciente solo se dejaba llevar. Estaba hecha a la antigua, se dedicaba a cuidar a los hijos, velar por el hogar y atender a su esposo.

Sentía un profundo amor por su marido.

Con una sonrisa le celebraba a José cuando decía: “las mujeres, como las escopetas, cargadas y en el rincón”. No miraba ella ninguna chispa de machismo en esas palabras. Clarita atendía a José, con un cariño inmenso, cuando él llegaba tarde por andar en sus aventuras, ella no le reprochaba esa tardanza, al contrario al llegar a la casa en horas de la noche, ella le decía:

—Has de venir muy cansado amor.

—Si, pues el jefe quiso que entregáramos los bocetos ya terminados.

—Mira, te preparé las empanadas de calabaza que tanto te gustan.

—Gracias mi vida, sabes que con eso me matas.

—Te voy a servir un vaso con leche o ¿gustas chocolate?, la cena ya está hecha, ¿te sirvo?

—No amor, así está bien, ya es muy tarde y me puede caer de peso, mejor mañana me lo almuerzo.

Lo que ignoraba Clarita, es que José ya había cenado opíparamente con su amante en turno.

Después de que Canela terminara de comer tres empanadas acompañadas con un vaso con leche, Clarita hizo lo que hacía casi a diario por las noches, traía un recipiente con agua y le lavaba los

pies a su esposo, dándole un masaje, pues éste llegaba agotado del trabajo.

La mujer de Canelas se esmeraba en atenderlo, le preparaba los platillos que tanto le gustaban, hacía oídos sordos a chismes que le llegaban que su marido le era infiel, cerraba sus ojos a lo que otros veían como una pista de infidelidad, como la noche que Canelas llegó con brillo en la cara. Ella estaba acostada y él llegó. Después de tomarse una cerveza fue a recostarse, fue cuando Clarita notó algo raro y le dijo:

—Oye, mírate, traes mucho brillo en el rostro.

—¿Brillo?

—Sí, mírate en el espejo.

—¡Nombre, mi amor ya estás viendo de más, mejor ya duérmete!

Ella se durmió y él se incorporó de la cama y se dirigió al baño, se lavó la cara, al día siguiente habló con su amante y le dijo que ya no se pusiera ese brillo.

José era el padre amoroso, cualquiera que lo mirara jugar con sus hijos, no tendría ni la más mínima sospecha de que fuera un marido infiel, ya que al andar con sus retoños andaba acompañado de su esposa, con ellos y con ella se desvivía en arrumacos, caricias y atenciones.

La familia de ella, estaba muy contenta con la actitud de José, creían en él a ciegas, como dicen coloquialmente metían por él la mano en el fuego. Y por parte de la familia de Canelas, veían siempre con buenos ojos a Clarita, que siempre estaba al lado de José, quien se mostraba con él, tierna, cariñosa, amable y sobre todo sumisa. Era la esposa perfecta, la compañera que todo hombre quiere tener, no era celosa, era fiel y hasta un tanto ingenua.

CAPÍTULO III

VIOLENCIA DE GÉNERO

Canelas seguía siendo el esposo fiel, el padre ejemplar, el no buscaba aventuras, aunque las aventuras llegaban hasta su persona, se cruzaban en su camino, no se le niega que era muy ojo alegre. Había algo que sucedía en su vida, aunque él no se esforzaba por tener una amante, siempre una mujer llegaba y de una u otra manera, se daba el desliz entre ellos.

Así ocurrió. Él no buscaba pareja, estaba muy bien en su vida sentimental. Pero en una noche de parranda con sus amigos, al acudir a la Expo Fiesta, ya de salida se encontró con Leticia Zamarrón, amiga de Perla; él, muy caballeroso le dijo:

—¿Te llevo a tu casa?

—No te molestes.

—No es molestia, al contrario sirve que platicamos en el camino.

—Bueno, deja le digo a mis compañeras que ya me voy, espérame tantito.

Canelas le esperó. Después de unos minutos, Leticia, un amigo y él, se dirigieron al carro, para retirarse del lugar.

El amigo de José, ya andaba muy borracho, por lo que prefirió irse en el asiento trasero, para dormir un poco.

A un par de cuerdas de llegar a la casa de Leticia, Canelas le dijo:

—¿Cómo ves si damos la vuelta? Digo, si es que no te pegan?

—¡Nombre! ¡qué te pasa!, ¡No ha nacido el hombre que pueda pegarme!

—¿Y qué tal tu novio?

—No tengo.

—Pues entonces vámonos.

Así anduvieron recorriendo el centro de aquella ciudad, que a esa hora de la madrugada, ya dormía, fue haciendo alto en una calle, que Canelas le robó un beso a Leticia, quien se sintió soñada, pues ya hacía mucho tiempo que no le daba mantenimiento a la máquina, luego algunas caricias, se dirigieron a la casa de Leticia, antes de bajar del carro, ella le dio su número de teléfono para que Canelas la llamara y ponerse de acuerdo para salir a pasear.

Al día siguiente, ya por la tarde, Canelas, aún bajo los efectos de la resaca, llamó a Leticia.

—Hola ¿cómo estás?

—Bien ¿y tú?, ¿qué tal de trabajo?

—Oye, sabes, no puedo verte hoy, aunque me encantaría, para revivir un poco esos besos tan sabrosos que me diste.

—¡Oye que parranda!, pero sabes, me gustó tanto lo que paso esa noche.

—Entonces te llamo el martes —dijo él.

Y ella contestó: —Espero tu llamada.

Llegado el martes por la noche, Canelas llamó a la casa de Leticia, quien ya esperaba ansiosa, se pusieron de acuerdo, en que el pasaría por ella, dos horas más tarde.

Cuando el casanova llegó por la joven, ella salió ataviada con una blusa de cuadros y una falda color negro, tipo plastificada

—Oye, vienes aventando tiros.

—¡Ay, así soy yo!

—¡Pues vámonos!, pero dame chance antes de hacer un encargo.

—A donde tú quieras, tú llevas el volante.

Luego de entregar al guardia unos documentos en una estación de radio, Canelas regresó al auto y le dijo a Leticia:

—Vamos a un hotel que está aquí cerca.

Ella aceptó de buena gana.

Llegaron a aquel hotel de paso, él, como todo un caballero pagó, además había comprado un par de cervezas.

Se mostraba muy tierno con Leticia, la ayudó a desvestirse. La besó, como besa el novio a su desposada. La penetró suavemente, con un exquisito ritmo, solo que ella perdía el compás, pues pese a

sus treinta y cinco años, no tenía mucha experiencia, no sabía moverse al ritmo del coito, pero para eso estaba Canelas, quien la llevó a placeres que ella desconocía, actualizándola en las técnicas sexuales.

Leticia tenía multiorgasmos, con solo frotarle el clítoris se corría como fuente de plaza pública, y él podía seguir frotando y se repetía el orgasmo y así sucesivamente.

José había aprendido algo con Perla, ser un manipulador, por lo que comenzó a decirle a Leticia, que quería hacerle el sexo anal y que sería mejor que se lo diera, pues no quería que al salir del hotel, luego de estar con ella se le antojara otra mujer.

Ella accedió, y Canelas, disfrutó penetrarla por el ano, lo sentía apretado. No escuchó que ella se quejara. Luego del orgasmo, José, sacó su pene, y se sorprendió al verlo, manchado de sangre, y es que Leticia no había tenido coito anal, incluso ella le dijo:

—No sabía que por allí también se podía.

Fueron dos ocasiones más que acudieron al hotel todo ello pagado por Canelas, quien ya había fraguado la forma de que ella pagara, desde el hotel hasta sus caprichos.

Una tarde Canelas le dijo a Leticia:

—Cuando hay amor en la pareja, se comparten algunos gastos, pues a veces el hombre no trae dinero y es allí cuando a la mujer le toca pagar.

—¡Claro que si amor, pues la mujer no debe estar atendida, para eso trabajamos!

Esas palabras no conmovieron a Canelas, pero si le gustaron.

De allí en adelante, ella pagaba el hotel, las cervezas —que no eran pocas—; no faltaron los regalos, el pantalón, la camisa y el calzado. Claro que Canelas, se portaba muy cariñoso con ella: la mimaba, y cuando le hablaba de amores, lo hacía al oído, acción que a Leticia enamoraba.

Ocurrió que un fin de semana, Canelas no pudo salir a pasear con Leticia, por lo que ella salió a dar la vuelta con una de sus primas, a ella la veía de vez en cuando, fueron a un antro y pasaron un momento agradable charlando, para ya entada la media noche

llegar Leticia su casa. Ya al día siguiente Canelas de su trabajo llamó a Leticia, para ponerse de acuerdo en verse el fin de semana.

Llegó el fin de semana, Canelas fue por ella a su vivienda y de allí enfilaron al hotel.

Ya estando en el interior de la habitación, desnudos y practicando el sexo, pero no el sexo ordinario, no, Canelas había aprendido a pagar los favores a su amante, entre más satisfecha quedara la mujer, ésta más se volvía vulnerable a sus caprichos. Estando recostado en la cama, agarrando aire, Leticia le dijo – fíjate amor que el fin de semana que no nos vimos, me llamó mi prima la loca y me invito a salir!

—¿Y a dónde fueron?

—Anduvimos dando la vuelta en el carro y luego fuimos a un antro, sabes que no tomo, pero como quiera me tomé una bebida.

—Que bien, yo estuve en mi casa —contestó Canelas, tratando de mostrar una sonrisa en su rostro, pero que no se le pudo dibujar, eso ella no lo notó, pues el comenzó a besarla, en el cuello, sus senos, su vientre, su vagina, muy despacio sus labios iban y venían sobre el cuerpo de ella, desde la frente hasta sus pies y regresaban. Ella abajo, el arriba. El metía sus dedos en la vagina y luego los sacaba y se los metía en la boca de ella, ella estaba extasiada, en ese momento lo que pidiera Canelas, ella de inmediato se lo cumpliría, pero la mente de Canelas ya no estaba en ese lugar, pues sus celos enfermizos, nublaban su razón, ya no coordinaba, y mientras ella estaba en el éxtasis, él era ya un energúmeno, por lo que dio una cachetada a Leticia, al que le siguió un manotazo en el costado de ella quien llorando le preguntó:

—¿Por qué me pegas?

—¿Porque te fuiste con tu prima?

—¡Pero eso no tiene nada de malo! ¡No hice algo que te ofendiera!

—¿No? ¿Y quien no me dice que estuviste con un hombre? A eso van las mujeres solas, a buscar compañía.

—¡Sólo salimos a dar la vuelta! —contesto ella llorando, no podía creer que quien la amaba, la agrediera.

—Mi amor —dijo él— mientras yo estoy en la casa, tú andas paseando, eso no está bien o ¿acaso no me amas?

—¡Te amo!, ¡te amo mucho! Y no pensé que te fueras a enojar, pero ya no vuelvo a salir con mi prima-

—El día que ella te vuelva a invitar me dices- dijo el, para seguir el ritual de besos y caricias. Leticia no volvió a salir con su prima.

Lo que ignoraba Leticia es que Canelas aparte de ella tenía segunda amante, se trataba de Carmen, misma que trabajaba como mesera en una cantina de mala muerte. En alguna ocasiones Canelas veía a Leticia y la dejaba en casa a eso de la una de la mañana y de allí se iba por Carmen, de la cantina la llevaba a casa de ella y allí sostenían relaciones sexuales, esa relación duró poco, ya que Carmen, solo podía darle sexo a José, no regalos.

Se siguieron viendo un par de meses. Ella no tenía vida social, solo salía por las noches con Canelas, sus salidas eran al hotel y de vez en cuando a un antro al que José quiera ir y en donde bebía cervezas, que ella pagaba, al salir del antro, ella pedía a el que la llevara al hotel, Canelas veía la hora y el decidía si iban o no. En caso de no ir al hotel, Leticia practicaba el sexo oral a Canelas en el auto y otras veces en el patio de su casa, de manera atrevida, Leticia se subía la falda y se bajaba el calzón, para que él la penetrara, en el pasillo, entre macetas, bajo aquel frondoso árbol de mangos. Caneas estaba satisfecho; sexo, regalos y dinero. Ella estaba satisfecha, tenía sexo y a un hombre a su disposición, caro, pero a su disposición.

La relación de Canelas y Leticia no se enfriaba, pero si influyo mucho en ella la negativa de los padres de Leticia quienes conocían a Canelas, ya que ella se los había presentado como un hombre divorciado. Un día ellos le pidieron o a Leticia que lo dejara, ella con mucho dolor, le dijo a Caneas que ya no podía verlo.

CAPÍTULO IV

LA AMANTE POBRE

El trabajo de Canelas no se detenía, era muy bueno en lo que hacía, además existía una buena relación laboral. En un festejo de cumpleaños de uno de sus amigos, Canelas conoció a Beatriz, una mujer de pelo largo y negro. Era de vientre abultado, pero lo que llamó la atención de José, fueron las anchas caderas de ella.

Un amigo en común los presentó.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, aquí disfrutando la fiesta —contestó ella.

—¿Andas sola o acompañada?

—Vine con mi hermana.

—¿Oye y tú esposo? ¿Bueno, me imagino que si tienes?

—¡Ay nombre!, yo no cargo piedras al río.

—¿Cómo está eso?

—Mira, yo y él ya no hacemos vida marital, vivimos bajo el mismo techo, pero cada quien su vida —eso motivo a Canelas, para pedirle el número telefónico.

—Me das tu número, para luego llamarte y ponernos de acuerdo para vernos otro día —parecía más una orden que una pregunta, —digo, si es que no tienes ningún problema...

—¡Para nada!

Intercambiaron números de teléfono, Beatriz se retiró, pues su hermana ya le hacía señas para irse a sus viviendas.

Luego de un par de días, José llamó a Beatriz.

—¿Hola cómo estás?

—Bien ¿y tú?

—Aquí ya casi terminando un trabajo. Oye, ¿puedo verte?

—Claro que sí, tú dime a qué horas.

—Dentro de una hora, ¿te parece?

—Sí, me llamas, yo estaré lista, porque me tendrás que esperar a dos cuadras de mi casa.

José siguió con su tarea, mientras que ella se arregló el cabello, vistió una blusa color blanco y un saco color negro, los que convino con una falda, también color negro, calzando zapatos de tacón. Se veía elegante.

Llegando la hora convenida, Canelas se dirigió rumbo a la casa de ella, a dos cuadras detuvo la marcha de su auto. Allí la esperó.

Minutos después ella llegó a bordo de un auto compacto. Canelas subió al vehículo de Beatriz y le dio un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos? —pregunto él.

—Sí, solo deja pasar a casa de mi hermana, tú me esperas en tu auto a dos cuadras, allí llego —esa era su coartada.

Pasados veinte minutos, llegó Beatriz y le pidió a su acompañante que subiera al auto. Ya en el carro de ella, Canelas le pidió que fueran a un hotel, ella accedió, pero le dijo que se fueran en su vehículo. Llegaron a un motel conocido por ser de los más lujosos en la ciudad. Él pagó y enfilaron a una de las habitaciones. Entraron, el aparato del aire acondicionado estaba encendido, en el interior había un buró, un televisor y una cama, para una pareja que quería quemarse en el fuego de la pasión, con la cama bastaba.

Antes de hacer el coito, platicaron, luego él la abrazó y comenzó a quitarle la ropa, ella, decía que no, pues era la primera cita, pero lo decía con una sonrisa traviesa, como con un pícaro jugueteo, pero, luego de que Canelas le quitara el saco, la blusa, los zapatos y la falda, ella se quitó el sostén y se bajó el calzón.

Las enormes tetas de Beatriz cayeron como cascadas, quedado los pezones cerca del ombligo. Él comenzó acariciarle las aguadas piernas. Sus dedos llegaron a la vagina, era abultada y rechoncha. Comenzó a humedecerse cuando José pasó su lengua en ella.

Ambos le dieron rienda suelta a sus más bajas pasiones.

En medio de esa vorágine de caricias y besos, él le pidió que se empinara para penetrarla por el ano, ella no se negó, al contrario, accedió con rapidez. Canelas se hincó atrás de ella y comenzó a hacer el intento de meter su miembro viril en el ano de ella, pero no podía, sus enormes y regordetas nalgas se lo impedía. En eso ella le dijo:

—¡Móntame!

Canelas lo entendió, rápido, si ella lo pedía, él estaba para complacerla, entonces él se incorporó y así como estaba ella, la “montó”, quedando casi sentado sobre sus nalgas, y así fue como pudo penetrarla. Terminaron de saciar sus instintos carnales, y recostados ambos en la cama iniciaron un dialogo.

—¿Oye, y tú marido?

—¡Él no tiene que decirme nada!

—¿Pero llegarás tarde?

—¡Vivimos en la misma casa, pero cada quien hace su vida por separado!

—¡Pues vaya con tu situación!

—Un día me dijo ¡ya no te deseo!, ¡estás bien gorda!, ¡bien marrana! ¡ya no hay quien se fije en ti! ¡y yo le contesté, eso crees tú! ¡y mira, aquí estoy contigo!

Canelas le contestó de inmediato:

—¡Claro, a mí me gustas y mucho!

A él no le importaba el enorme estómago de ella, no se fijaba en las estrías mucho menos cuando las nalgas de Beatriz temblaban como gelatina con el vaivén del coito.

A Beatriz le gustaba pasearse con su amante. No le importaba que los vieran en la calle, en los centros comerciales, le fascinaba que él la abrazara, que no le importara su sobrepeso. Solo que en esa insana relación, había un pero, Canelas no quería pagar el hotel y ella no tenía dinero para ese gasto. Beatriz encontró la solución, le informó que tenía aparte de su vivienda, una casa en un fraccionamiento y allá se dirigieron, entraron y en una de las habitaciones había un colchón con dos cobijas, José no la cuestionó de que si ese era su nido de amor y que lo había usado con otros amantes, solo se limitó a poseerla.

Las visitas a esa casa, fueron contadas, pues a él no le agradaba ese lugar: la amante si, el sitio, no.

Algunas tardes y muchas noches, ambos las pasaban juntos. A ella le gustaba beber cerveza. Él le pidió que lo invitara a comer, ella como pudo guardó 50 pesos y con eso lo llevó a comer. Canelas degustó el platillo, ella solo lo miraba. Él veía en ella a una amante pobre. En cambio ella sentía que era el amante perfecto, el hombre al que no le importaba su sobrepeso, el que no la veía tripona, el

que no le gritaba que estaba gorda y que era una marrana. Ella estaba con el hombre que le hacía el sexo como si ella fuera una modelo de catálogo.

Por su parte José no encontraba la manera de terminar esa relación, la cual no le redituaba ganancia alguna. Una de esas noches, él no quiso acudir a la fiesta de un amigo, festejo del cual ella estaba enterada. Ella lo esperó esa noche en su trabajo, cuando él ya estaba en su casa. Al día siguiente ella lo buscó, lo encaró a la salida de la oficina y le dijo:

—Oye, ¿crees que soy una estúpida?

—¿Qué te pasa?

—¿Como que qué?, ¡aquí estuve como una pendeja, esperándote!

—Pero yo no te prometí, ni acompañarte, ni llevarte a esa fiesta, es más yo ni fui.

—Yo hasta me arregle como a ti te gusta, pero de seguro ya andas con otra.

—¡Piensa lo que quieras!

—¡Si, voy a pensar que eres un cabrón!

—¡Mejor vete, ya no te quiero ver, vieja marrana, gorda, mírate en el espejo y luego vienes a decirme que soy un cabrón!

Ella derramó algunas lágrimas que a él no le importaron.

Subió a su carro y se retiró, para ya no volver a buscar a Canelas.

CAPÍTULO V

LA NINFÓMANA

Transcurridos dos meses, Canelas acudió a una estación de radio. Llegó para dejar el boceto del logo de la empresa. No llegó en busca de amores, pero conoció a Mirta; cuarenta y cinco años, medía un metro con ochenta centímetros de altura, piel blanca, cabello corto, de vientre plano y piernas torneadas y anchas, con un cierto acento defeño.

No cruzaron palabra. Él la vio, ella no supo ni que él existía. Pasaron los días, hasta que en una vuelta que dio Canelas a Palacio, encontró a Mirta, quien iba con Luz María, una amiga en común, él las saludó y aprovechó para invitarlas un café, la amiga aceptó, pero Mirta respondió:

—¿Un café? ¡Nombre! ¡La tarde esta cervecera!

—¡Lo que ustedes gusten! —dijo Canelas, pero no se pusieron de acuerdo a donde ir y ellas se fueron y Canelas siguió su camino.

Otro día él busco encontrarse con Mirta en Palacio, y al hallarla, la invitó a ir a tomar una cerveza:

—¿Ahora, a dónde quieres ir? —dijo Caneas a Mirta, misma que contestó:

—Vamos a echaros unas chelas, pero deja le llamo a Luz María, para que nos acompañe —ella llamó a Luz María, la cual llegó al punto que Mirta le indicó y de allí en el auto de Mirta fueron a un bar donde estuvieron bebiendo cerveza un par de horas, charlaron, pero no hubo insinuación ni de Canelas a Mirta, ni de Mirta a Canelas. Él veía fascinado a Mirta, le apreciaba las blancas piernas, como contando cuántos besos le podrían caber en cada uno de sus grandes muslos. No podía impedir que sus ojos como perros de caza siguieran los grandes pechos de Mirta. El pagó las cervezas, los tres salieron y Canelas se despidió, abordó su auto y se retiró a su casa.

Al día siguiente Canelas llamó a Mirta.

—Hola, ¿cómo éstas tú?

—Bien ¿y tú?, ¿qué tal?

—¿Oye te puedo ver en la tarde?

—¡Claro que sí, ya como a eso de las seis de la tarde!

—¡Perfecto, a esa hora llegó a tu casa!

A la hora pactada Canelas llegó a la casa de Mirta, la cual vivía sola.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—¡A donde tú quieras!

—¡Bueno primero vamos por un seis de cervezas, que traigo mucha sed!

—Claro vamos por él —contestó Canelas ambos abordaron el auto de ella. Luego de comprar en un mini súper las cervezas, ella condujo el carro por varias calles.

—¡Oye, eres muy linda!

—¡Hay gracias, gacho pero así le has de decir a todas!

—¡Tal vez, sí, pero tú eres algo muy especial!

—Mira —dijo ella —he notado que me quieres echar los perros, ¿qué es lo que quieres?

—¡Eso!, quiero todo contigo, pero bueno, si tú quieres también!

—¡Está bien! —dijo ella— ¡vamos al hotel! —y agregó—: ¿traes condones?

José negó lentamente con la cabeza.

—¡Bueno es bajo tu propio riesgo!

Llegaron al hotel. Ella se quitó sus prendas, Canelas la observó, como se mira a una diosa, allí estaba ella en la cama, encuerada y a su disposición. A ella le encantaba el sexo, vaginal, oral y anal. Era tanta su fascinación de Canelas, que tuvo una eyaculación precoz.

—Perdón —dijo él.

—No te preocupes —contestó ella.

Luego de agarrar aire y tomar un par de cervezas, volvieron a la cama, pero en esta ocasión, Canelas pudo dominar la situación, sabía ya que en esos momentos era el dueño de ese mujerón. Él la complació de todas formas. De allí salieron satisfechos. Las escapadas a un hotel fueron muchas. En otras ocasiones, Canelas llegaba a la casa de ella y al despedirse, Mirta le pedía que subiera

a la habitación y allí hacían el sexo. Otras veces, ella le llamaba por teléfono a media mañana y le decía:

—¿Amor que haces?

—Aquí iniciando labores, ¿por qué?

—Es que me estoy bañando y se me antoja que estés conmigo.

Canelas no podía resistirse a la voz de una mujer voluptuosa, que le pedía, no, que le rogaba hacerle el sexo como a él se le antojara.

—Ya voy —terminaba por decir.

—Te voy a esperar, como a ti te gusta, desnuda.

Lo que desconocía Caneas es que Mirta era una ninfómana, era una mujer con un deseo sexual exagerado, cuando no había un hombre que la penetrara, ella se masturbaba, y si no, hasta con una mujer saciaba sus ganas. Ella dejaba ver esas tendencias, pero él no las miraba. En una ocasión, Mirta llegó a una imprenta donde estaba Canelas, llegó ella en su carro, pero la acompañaba una mujer allí le dijo a Canelas:

—Oye gacho, dame para un seis.

—No traigo.

—No seas así.

—Pues no traigo.

—¡Oye cabrón, bien que me jodes y no me quieres dar para un seis de cerveza!, ¡anda a la chingada!

Mirta se retiró del lugar. En otra ocasión él la vio ataviada solo con un vestido, no traía sostén ni calzón, ella regresaba de un ejido donde hubo una junta de campesinos de dinero, con los que estuvo bebiendo cerveza.

Un día andando bebiendo cerveza en el auto de Canelas, ella, que no traía sostén, se levantó la blusa y con las tetas al viento gritó:

—¡Esto es vida! —esa acción le gustó a él, lo que no le agradó y lo dejó pensativo fue cuando ella le dijo:

—Nombre gacho, una noche andando bien caliente no encontraba con quien quitarme las ganas.

—¿Y qué pasó?

—Pues andando en el carro dando la vuelta...

—¿Qué?

—Encontré a un pelado, un indigente...

—¿Y qué pasó?

—¡Jajajaja, nombre fue una locura... jajaja!

—¿Dime que pasó?

—¡Nada, sigue tomando, anda!

Ella ya no dijo nada, pero en Canelas había quedado la espinita. En él apenas se encendía la chispa de la luz que lo hacía comprender que a Mirta le gustaba hacer el sexo con quien fuera, hombre o mujer, no practicaba el sexo seguro, ella solo quería coger. Canelas no le dio importancia, o no le quiso dar importancia a ese desmedido apetito sexual de Mirta, él siguió mareado por las cervezas y entregado a ese aquelarre de sexo.

Contrario a su abusivo proceder de obtener alguna ganancia económica de las mujeres, José no sacaba provecho a Mirta, con poseerla le bastaba.

Una acalorada tarde de verano, ambos fueron a un hotel de paso, llevaban doce latas de cerveza en una bolsa con hielo.

Entraron a la habitación y luego de beber algunas cervezas Canelas le hizo el sexo a Mirta, así como ella le había enseñado: ambos desnudos, ella abajo y el arriba besándole primero el blanco cuello, luego bajar hasta las grandes tetas, besar su vientre y llegar a la vagina, en donde pasó varias veces su lengua hasta chupar el clítoris. Luego la penetró por delante y por atrás. Volvió a posarse frente a ella, le abrió las piernas y metió su pene en la vagina, luego de un vaivén de sus cuerpos, él se vino en ella y ella se mojó toda, todita, completa.

—¡Qué rico! — exclamó Mirta

—¡Estas deliciosa!— dijo Canelas

—¡Ay papi que buena cogida me diste!

—¡Te la mereces!

—¡Deja me levanto, ni quisiera levantarme, pero voy al baño!

—¡Anda!, mientras me tomó otra cerveza

Ella se levantó, iba desnuda y Canelas la veía, como se observa un trofeo.

Ella llevaba en su rostro el semblante de gusto, de fascinación, le gustaba el sexo y se lo habían hecho al grado de hacerla vibra de placer.

Pero al llegar al sanitario y luego de orinar se acercó al lavabo para lavarse las manos y se vio en el espejo, percatándose del chupetón que Canela le había hecho en el lado izquierdo de su cuello, salió encabronada y le gritó:

—¿Qué me hiciste pendejo?

—¿Qué tienes?, ¡no te hice nada!

—¡Cómo no, mira güey me mordiste!

—No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa, nada?

—¿Qué te haces?

—¡No pendejo, no soy ningún animal!

—¡Ya cálmate!

—¡No güey, vete a marcar a tu pinche vieja!

—¡Pues vete a la chingada!

—¡Vete tu pinche estúpido!

Ambos se vistieron en silencio, salieron y llegaron a donde estaba el carro de ella. Mirta bajó del auto de él, azoto la puerta, abordó su vehículo para irse.

Ella ya no le llamó y José ya no la buscó más.

CAPÍTULO VI

EL INTRUSO

Así pasaron ocho meses, Canelas se dedicó a su trabajo, el de elaborar bocetos para la empresa editorial para la que se empleaba, sus ratos libres los pasaba en compañía de su esposa e hijos.

Una mañana al levantarse de su cama, comenzó a toser. Sentía un polvillo en su garganta. Volvía a toser. Sentía que lo ahogaba ese polvillo. Carraspeó su garganta y se le soltó una flema. Su esposa Clarita, vio con preocupación cómo José, al toser, se encorvaba, y casi se le querían salir las venas de sus sienes y su cuello.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su esposa.

—No tengo nada, tal vez me hizo daño el aire acondicionado, ya que estuvo la noche un poco fresca.

—Mírate te ves un poco mal.

—Se me pasará, dame un vaso con agua —ya no pudo terminar la frase, pues otro nuevo acceso de tos lo atacó.

Él se visitó y casi no probó el desayuno, se fue en su auto al trabajo, los accesos de tos no lo dejaron hacer su labor.

Le comenzó un dolor de cabeza y sintió que la debilidad se apoderaba de él.

Su jefe optó por darle el día, al ver el estado físico de Canelas. Al llegar a su casa, su esposa le preparó un té, pues él sentía un dolor en la garganta.

Ella se acercó para darle la taza con el humeante té de limón con miel.

—Toma para que alivies esa garganta.

—Si amor, gracias.

—Te voy a preparar un caldo de pollo.

—No tengo hambre.

—Aun así, debes de comer, para que no bajen tus defensas.

Ella fue a la cocina a preparar ese caldo que levanta muertos. A la hora de comida, José comió, pero no con ánimo. Los días

siguientes no pudo presentarse al trabajo, pues cayó en cama. Canelas se negaba acudir con el médico, decía que era tan solo un resfriado, por lo que pedía a su esposa que le preparara el té de limón con miel y le diera dos pastillas antigripales. Pero no mejoraba, al contrario, empapaba la sábana en su cama, pues sudaba mucho. Clara, su esposa, comenzó a preocuparse aún más, cuando Canelas empezó a tener diarrea. Un día, a eso de las once de la mañana, Clarita llevó a Canelas con ella al supermercado, lo llevó porque él quería salir de su encierro. Allí andaban comprando frutas y verduras para la comida de él, cuando José se encontró con Luz María, la cual al ver su estado tan anímico, le platicó que Mirta estaba muy delicada de salud y que había sospechas que estuviera contagiada de SIDA, a Canelas se le erizó la piel, pero como pudo disimuló con su amiga, la cual se despidió de él y se retiró.

Clarita llegó a donde estaba Canelas, le llevaba unos betabeles.

—Mira, te voy a hacer un licuado para que refuerces tus plaquetas, y también te traigo esto —mostrándole unos pistaches, Canelas apenas si pudo mover sus labios para tratar de asomar una sonrisa. Ya no dijo nada. Ambos salieron del supermercado, ella tratando de entablar conversación, él haciendo el intento de no llorar.

La tarde él estuvo callado, ella pensó que su estado tan melancólico era por su salud.

Llegó la noche, luego de que ella terminara la faena diaria de limpiar la casa, se bañó para irse a acostar, él por su parte, ya estaba en la cama.

Ella se acostó y le dijo:

—Te quiero mucho.

—Sí, yo también te quiero, y te amo —y comenzó a sollozar.

—No llores, verás que te vas a mejorar.

—Tengo algo que decirte.

—No te preocupes, me lo dices mañana.

—Es que hoy me encontré a una amiga...

—Y que te dijo, que estas llorando.

—Me platico que una amiga de ella de nombre Mirta, está enferma, muy grave.

—¿Y qué es lo que tiene, y porque te pones así?

—Es que me dice que tiene SIDA.

—¿Y?

—Yo tuve relaciones sexuales con ella...

Clarita, no tuvo fuerzas para discutir, pues comenzó a llorar.

Al día siguiente casi no cruzaron palabra, solo lo indispensable.

Ahora sí, fueron con el médico. El galeno al auscultar a Canelas y al conocer el antecedente de Mirta, ordenó a José que se practicara unos exámenes. Siguió todo un viacrucis, entre médicos, enfermeras, agujas, y en ese tiempo la salud de Canelas empeoraba, su peso iba disminuyendo, en un lapso de dos días perdía hasta tres kilos. Todos los exámenes que le fueron practicados a Canelas resultaron positivos. La noticia fue dura, cruel, José sintió miedo y lloró abrazando a Clarita, quien también estaba en espera de sus exámenes. A pregunta expresa de Canelas, de que ya nadie lo iba a tocar por estar infectado, el doctor les dijo que el SIDA solo se contraía al sostener relaciones sexuales, por la vagina, por el ano y por la boca. Que el virus de SIDA entra y se oculta en las células, se adueña de ellas, las invade, el virus se reproduce, y luego ya que la mata, salen expulsados al torrente sanguíneo, ya para ese entonces, el virus es altamente resistente y las defensas del cuerpo ya nada pueden hacer para luchar contra él, por lo que termina de invadir el cuerpo y la persona muere.

—Algo si hay que decir —indicó el galeno— el SIDA tarda en presentarse en la persona contagiada después de diez años, aquí en tu caso, José, ya está muy avanzado.

—¿Alguna medicina doctor!

—No hay cura.

—¿Debe de haber algo!

—Hay medicamento, pero no es curativo, puedes hacer tu vida normal, claro que debes de llevar una dieta, no ser desordenado en tus comidas.

José y su esposa salieron del consultorio, se fueron a su casa, allí en donde fue su nido de amor, ahora era un cementerio de ilusiones.

Los días que siguieron fue para la pareja todo un sacrificio, aunque para Canelas fue todo un martirio: muchas veces tenía que

andar con pañal de adulto, pues la diarrea era frecuente, no ponérselo, podía ser víctima de un accidente, ya que se hacía del baño en la ropa que trajera, ya fuera pantalón, short o pijama, y ni que decir en la cama por las noches, allí dejaba manchadas las sábanas.

Las amistades de José Canela se fueron retirando. Vivía como distraído o más bien sumido en la depresión. Su esposa con el afán de sacarlo de ese encierro emocional, le llevaba a la recámara, o en la sala, un cuaderno de dibujo y algunos colores; ella pasaba por esa difícil etapa, ya que se había practicado exámenes, pero aún no aparecía como portadora del VIH, era ella una mujer fuerte.

Por su parte José día a día se debilitaba más, pues el mortal virus es tan fuerte que a las mismas células guerreras que están en el cuerpo para la defensa del mismo, las derrota. El rostro de éste se notaba demacrado, parecía que la vejez había llegado en él, repentinamente.

A Canelas ya no lo llevaban a la peluquería, su esposa se deba a la tarea de cortarle el cabello.

Algunas veces sus hijos se sentaban con él a la mesa, José lloraba y les pedía perdón, sus hijos guardaban silencio y también lloraban, les dolía el dolor que sentía su padre pero era más fuerte el saber que lo perderían. Canelas sabía que su muerte era inevitable, por lo que a veces cerraba con fuerza sus ojos, luego los abría, quería despertar de esa pesadilla, pero todo, lamentablemente era real.

CAPÍTULO VII

LA MUERTE DE JOSÉ CANELAS

Aquella tarde soleada José Canelas se sentía como se había sentido todos esos días acostado sobre su lecho; que le faltaban las fuerzas y además su espíritu.

Su cuerpo lo sentía hueco, fe y esperanzas habían desaparecido. Algunas veces veía sin ver, escuchaba sin oír y hablaba sin decir nada.

En otras ocasiones sentía que ya no tenía alma y divagaba preguntándose, que tal y si ya estaba muerto y aún estaba entre los vivos, pues se resistía ir a la luz.

Llamó a su esposa y le dijo:

—¡Perdóname por todo el daño que te hice! ¡Perdóname por la vida tan mala que te di!

Su mujer, sacando fuerzas desde su alma no le reprochó nada, solo le respondió: —No hables, no te agites, descansa- le acarició el poco cabello que a José ya le quedaba, y este le dijo:

—¡Es que no solamente me dañé yo, sino que también te arrastré a ti y a mis hijos!

—Pídele a Dios que te perdone, porque yo ya te perdoné.

—¡Dame la mano mi amor, no me sueltes! —ella le tomó la mano a José: una mano pálida, con huesos marcados, sus venas estaban saltadas, como si con cualquier piquete del más insignificante mosquito podía reventarlas. José había sido un hombre que pesaba alrededor de los cien kilos, ahora muy apenas rebasaba los cuarenta kilogramos. Así transcurrieron los días y la salud de José era cada día más precaria, no mejoraba, al contrario, se iba deteriorando.

Llegó el noveno mes del año, con unas pocas ráfagas de viento un tanto frescas. José empeoró y pidió a su esposa que me llamara, quería la presencia de un sacerdote, un familiar acudió a mi capilla y me contó lo sucedido. Llegué a la casa de José, entré a su habitación, lo observé, él apenas si me reconoció, me acerqué y me

dijo que quería confesarse, para estar en paz con Dios. Me preparé y lo escuché. Había ratos en que solo balbuceaba, terminó y le di los santos oleos, él comenzó a convulsionarse. Se acercó la familia, los ojos de José se movían, daban vueltas y se ponían en blanco. Hubo un momento en que se controló, y apuntó con su dedo índice de la mano derecha, hacía un rincón, algo veía, tal vez al ángel de la muerte. Dejó de moverse, y exhaló un último suspiro que invadió toda la habitación, para luego de un instante, dejar de existir. Acompañé a la familia a vivir su duelo. Estuve muy atento en los funerales de José, para ver en que podía ayudar. En la funeraria solo se vio la familia, una que otra amistad, otros no quisieron asistir. Canelas fue sepultado en el panteón municipal, cinco años después murió su esposa Clarita, por las mismas causas y en las mismas condiciones.

Esta es la historia de José Canelas, un hombre que pudo llegar a la vejez rodeado de sus hijos y nietos, en compañía de su esposa, pero su debilidad por las malas pasiones, lo arrastró a un barranco de la desdicha, que al llegar al fondo del mismo, solo encontró la muerte.

FIN.